

Mar
27
Ago
2019

Evangelio del día

Vigésimo primera Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar
Hoy celebramos: Santa Mónica (27 de Agosto)

“Filtráis el mosquito y os tragáis el camello”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses 2, 1-8

Sabéis muy bien, hermanos, que nuestra visita no fue inútil.

A pesar de los sufrimientos e injurias padecidos en Filipos, que ya conocéis, tuvimos valor -apoyados en nuestro Dios- para predicaros el Evangelio de Dios en medio de fuerte oposición. Nuestra exhortación no procedía de error o de motivos turbios, ni usaba engaños, sino que Dios nos ha aprobado y nos ha confiado el Evangelio, y así lo predicamos, no para contentar a los hombres, sino a Dios, que aprueba nuestras intenciones. Como bien sabéis, nunca hemos tenido palabras de adulación ni codicia disimulada. Dios es testigo. No pretendimos honor de los hombres, ni de vosotros, ni de los demás, aunque, como apóstoles de Cristo, podíamos haberos hablado autoritariamente; por el contrario, os tratamos con delicadeza, como una madre cuida de sus hijos.

Os teníamos tanto cariño que deseábamos entregaros no sólo el Evangelio de Dios, sino hasta nuestras propias personas, porque os habíais ganado nuestro amor.

Salmo de hoy

Sal 138, 1-3. 4-6 R. Señor, tú me sondeas y me conoces.

Señor, tú me sondeas y me conoces;
me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares. R.

No ha llegado la palabra a mi lengua,
y ya, Señor, te la sabes toda.
Me estrechas detrás y delante,
me cubres con tu palma.
Tanto saber me sobrepasa,
es sublime, y no lo abarco. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 23, 23-26.

En aquel tiempo, habló Jesús diciendo:

-«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el décimo de la menta, del anís y del comino, y descuidáis lo más grave de la ley: el derecho, la compasión y la sinceridad!

Esto es lo que habría que practicar, aunque sin descuidar aquello.

¡Guías ciegos, que filtráis el mosquito y os tragáis el camello!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro estáis rebosando de robo y desenfreno!

¡Fariseo ciego!, limpia primero la copa por dentro, y así quedará limpia también por fuera.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Dios nos ha confiado el Evangelio

Al hablar de Dios, predicar su Palabra, quizá podamos caer en el error de pensar que no llega, que no es escuchada, que en los tiempos que nos ha tocado vivir, es inútil... Pero Pablo en su tiempo predicó la Palabra de Dios, fue a Tesalónica y dejó admirados a todos. **No fue inútil su predicación porque venía de la Vida, de la propia experiencia.**

El Evangelio fue anunciado en aquella ciudad, y llegó al corazón de sus gentes: hizo que Cristo entrara en las vidas de aquellas personas.

Quizá a veces es difícil predicar el Evangelio cuando hay oposición, pero en medio de toda oposición y sufrimientos, si nos apoyamos en Dios, **si Dios se hace vida en nosotros, nos dará fuerza y valor para hacerlo.** Pablo no dejó de predicar a pesar de toda esa oposición que encontró en Filipos. Pablo hablaba directamente del Evangelio, sin edulcorarlo, hablaba desde la experiencia.

Todos somos predicadores del Evangelio y, como Pablo, **debemos hablar de Dios sin miedo**, sin tapujos, desde la Verdad que se nos ha enseñado.

Aunque nuestra naturaleza humana está llena de pecado, Pablo en ningún momento se dejó llevar por los prejuicios, ni fue engañando, ni fue codicioso, aún por la ayuda económica que podría haber recibido. Sus motivos para llevar el Evangelio estaban llenos de pureza, de sinceridad, de VERDAD.

Así **debemos predicar** nosotros también, sin prejuicios, sin miedos, sin esperar que nos suban a ningún pedestal, **siempre sencillos y llenos de humildad**.

Para transmitir la Palabra de Dios, **necesitamos mirarnos por dentro, ser honestos con nosotros mismos**, y revisar nuestro corazón para saber si estamos haciendo todo lo que podemos para llevar el mensaje de Jesús, con firmeza, con esperanza, con alegría.

Ojalá nos dejemos llevar por el testimonio de Pablo, ser como él y así Dios nos ayudará, nos dará su fuerza para soportar incluso los momentos más difíciles. Nos sentiremos cuidados como una madre cuida de sus hijos, con ternura, con amor.

¡Guías ciegos, que filtráis el mosquito y os tragáis el camello!

¿Cómo vivimos nuestro amor a Dios, nuestra entrega diaria? Si Jesús nos llama hipócritas... ¿no será porque en el fondo lo somos un poco? Vivimos de apariencias, **no somos todo lo sinceros que deberíamos ser a la hora de anunciar el Evangelio**, dejamos a un lado lo más importante, la Ley, la Justicia, la Misericordia, la Lealtad.

A veces nos dejamos llevar por una ley que nos oprime, y **la mayor ley que se ha de seguir y vivir es la del Amor**, que va unida a todo lo demás, **la justicia, la misericordia, la lealtad**. **Sin amor no somos justos con los demás**: damos la espalda a quien necesita misericordia, y somos infieles, traicionado y huyendo de lo que Jesús quiere que vivamos.

Cumplimos pero no vivimos, no compartimos, no respetamos, descuidamos lo más importante; por eso Jesús nos lo echa en cara. Nos dice palabras muy duras: nos llama hipócritas, y en realidad ¿no lo somos? Nos gusta vivir agradando, que nos alaben por lo que hacemos, juzgamos a los demás, condenamos, sin dar espacio a la escucha, al diálogo, a mirar en el corazón.

No debemos descuidar estas tres características de la Ley que se nos habla en este Evangelio. Jesús, **con la dureza de sus palabras, nos invita a reflexionar, a mirar dentro de nosotros** y preguntarnos: ¿Cómo aplicamos la ley, lo hacemos con justicia verdadera? ¿Somos misericordiosos con los demás, perdonamos, abrimos nuestro corazón a los demás? ¿Somos sinceros con los demás? ¿Y con nosotros mismos?

Todos estos valores nos los dejó Jesús para vivirlos y enseñarlos, haciéndolos vida en nuestras vidas.

Y santa Mónica, a quien hoy celebramos, así lo vivió. Fue fiel a lo que sentía, y su misericordia y amor a su hijo hizo que san Agustín pusiese su corazón en Dios.

Ojalá limpiemos todo lo malo que hay en nosotros y **dejemos que la Misericordia de Dios actúe en nosotros**.



Monasterio Sta. María la Real - MM. Dominicas
Bormujos (Sevilla)

Santa Mónica

Madre de San Agustín

Tagaste, 331 - Ostia Tiberina, 387

Por su vida personal, por su influjo en la vida de San Agustín (28 de agosto) y por sus posibilidades simbólicas, Santa Mónica merece un puesto de honor en el santoral cristiano. Su determinación, su entereza de ánimo, su inteligencia, su amor materno y su fidelidad a la Iglesia resultaron decisivas en la conversión religiosa de su hijo, uno de los mayores padres de la Iglesia y figura cimera de la cultura occidental. Y esa actitud la convierte en modelo perenne de esposas y madres cristianas. La Iglesia, al honrar su memoria, satisface en cierto modo la inmensa deuda que tiene contraída con tantas mujeres anónimas, que no sólo han preservado la fe de sus hijos, sino que los han conducido al servicio de la Iglesia y de la sociedad.

Madre y Maestra de Agustín

Mónica tuvo tres hijos: Agustín, que quizá fuera el primogénito, Navigio y una hermana de nombre desconocido. Los dos últimos no le dieron mayores problemas. Navigio, joven de salud delicada, introvertido y amigo de indagar el porqué de las cosas, debió de contraer matrimonio, al igual que su hermana. Ésta envió pronto y luego fue abadesa del monasterio de Hipona. En él ingresaron también algunas sobrinas de Agustín, sin que conste si eran hijas de Navigio o de su hermana. Lo mismo sucede con Patricio, clérigo de la iglesia de Hipona, y con su hermano, subdiácono de la de Milevi.

Fue Agustín quien absorbió la atención de Mónica. Su genio requería cuidados especiales y ella nunca se los regateó. Sufrió con él, le acompañó en sus dudas, le previno contra el peligro de la lujuria «muy preocupada me amonestó en privado que no fornicase y, sobre todo, que no adulterase» (Conf. 2,3,7)— y le reprochó sus errores doctrinales y sus extravíos morales, llegando hasta expulsarle de casa. Otras veces adoptó métodos más suaves, echando mano de las riquezas de su corazón maternal. Solicitó el consejo de personas doctas que creía capaces de despejar las dudas de su hijo y conducirlo al buen camino, y, sobre todo, le recordó día y noche ante el altar del Señor. La lucha se arrastró durante tres lustros y en ella Mónica dio muestras insuperables de amor maternal, de constancia, de sagacidad y de espíritu de fe. El resultado de su esfuerzo fue una obra maestra.

De recién nacido le llevó a la iglesia, le inscribió en el registro de los catecúmenos y le inculcó el amor a Jesucristo. Un día Agustín confesará que ningún libro, «por elegante y erudito que fuera», le llenaba totalmente si en él no hallaba el nombre de Jesucristo, cuya dulzura había mamado «con la leche de mi madre» (Conf. 3,4,8). Sin embargo, de acuerdo con la práctica de su tiempo, Mónica no sintió la necesidad de bautizar a su hijo.

En perfecto acuerdo con su esposo se desvió por darle una educación esmerada, y no la interrumpió ni cuando la muerte del marido debilitó el presupuesto familiar, ni cuando el despertar de las pasiones, el amor maternal le llevó a subordinar el bien espiritual de su hijo a su carrera profesional. Temió que el matrimonio diera al traste con sus estudios y, en consecuencia, comprometiera también su porvenir profesional.

[...] Su fe necesitaba el abono de la tribulación. Y ésta no le iba a faltar. Del 371 al 386 Mónica sufre un auténtico calvario. Un día Agustín se va a vivir con una mujer, otro abandona la Iglesia y da su nombre a los maniqueos, una secta que la combate, y otro cae en las redes del escepticismo. Ella sufre y llora, pero no se desmorona. Un sueño en que ve a su hijo en la misma regla en que se halla ella la reconforta y le da la seguridad de la victoria. Un día su hijo compartirá su fe.

El 374 alcanza a su hijo en Cartago y durante nueve años vive con él, hasta el 383, en que sufre una de las grandes desilusiones de su vida. Agustín, insatisfecho de los estudiantes de Cartago, quiere probar suerte en Roma y, para hacerlo con más libertad, abandona a su madre en la playa y embarca furtivamente para Roma. Mónica acusa el golpe. Llega a llamarle mentiroso y mal hijo. Pero continúa rezando por él y en la primera ocasión cruza el mar y se le une en Milán.

Agustín seguía sumido en la duda, sin certeza alguna y buscando desesperadamente algo en que creer: «Había venido a dar en lo profundo del mar y desesperaba de hallar la verdad» (Conf; 6,1,1). Decepcionado de los maniqueos, se había echado en manos de los escépticos, de los que no tardaría en pasarse a los neoplatónicos para terminar de oyente de San Ambrosio y lector de San Pablo.

Mónica celebró el cambio, pero sin entusiasmo. Su alegría no sería completa hasta la plena conversión de su hijo. Pensó entonces que el matrimonio quizá podría serenarle y le buscó una novia de su misma clase social. Agustín cedió a las conveniencias sociales, a las presiones de su madre y quizá también a los designios de la Providencia, y con inmenso dolor de su alma —mi corazón, sajado por aquella parte que le estaba pegado, me había quedado llagado y manaba sangre—, despidió a la mujer con la que había convivido durante 15 años. Pero antes de que su prometida alcanzara la edad núbil, llegó la gracia y tras ella el bautismo y la renuncia al matrimonio, a los honores, a las riquezas y a toda esperanza de este siglo. Mónica pudo cantar victoria. Su hijo ya se había subido a la regla del sueño.

El año que le quedaba de vida lo pasó al lado de su hijo saboreando la miel del triunfo. En Casiciaco cuida de Agustín y sus amigos «como si fuera la madre de todos». Interviene en sus diálogos filosóficos suscitando su admiración. En marzo del 387 está de nuevo en Milán, adonde Agustín ha vuelto para inscribirse en la lista de los catecúmenos. [...] Finalmente, la noche de Pascua, asiste llena de júbilo al bautismo de su hijo, de su nieto Adeodato y de Alipio, el amigo del alma de Agustín.

A las pocas semanas estaban todos en Ostia, a la espera de una nave que les devolviera a África. En la patria les sería fácil dar con un lugar apropiado para servir a Dios. Un día, mientras descansan del viaje, madre e hijo experimentan el llamado éxtasis de Ostia Tiberina. Asomados a la ventana discurren juntos «sobre cómo sería la vida eterna de los santos [...], llegando a tocar con el ímpetu de su corazón aquella región de la abundancia indeficiente en la que tú apacientas a Israel eternamente con el pasto de la verdad».

Mónica presintió la cercanía de la muerte. «hijo mío, nada me deleita ya en esta vida [...]. Una cosa deseaba y era el verte cristiano católico antes de morir. Dios me lo ha concedido con creces, puesto que, despreciada la felicidad terrena, te veo siervo suyo. ¿Qué hago ya aquí» (Con: 9.10,26). A los

cinco días cayó en cama y tras breve enfermedad expiró.
Agustín, plegándose a su última voluntad, enterró a su madre en Ostia.

Javier Guerra O.A.R.